

LOZANO NAVARRO, Julián José, *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*, Madrid, Cátedra Historia/Serie menor, 2005, 430 pp.

Uno de los tópicos históricos mejor instalados en el inconsciente colectivo ha sido considerar a la Compañía de Jesús como una institución íntimamente vinculada a las más elevadas instancias de poder y, precisamente por ello, capaz de acaparar una formidable influencia social, política y económica. La historiografía, incluso, ha dado por sentado en demasiadas ocasiones el ascendente político logrado por los jesuitas sobre monarcas, cortesanos y ministros gracias al control de sus conciencias; el medio más eficaz, evidentemente, para hacer oír su voz en asuntos de Estado y de política internacional. Sin embargo, y es una paradoja, hasta la fecha no había ningún trabajo que diera una perspectiva completa de lo que fueron las relaciones de la Compañía de Jesús con la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII.

La obra de Julián J. Lozano Navarro, en mi opinión, viene a llenar este vacío historiográfico. Demostrando cómo, durante toda la época de los Austrias, la Compañía de Jesús —principal baluarte de la Contrarreforma romana— y la Monarquía española —el paladín de la lucha contra el protestantismo— pudieron coincidir *grosso modo* en sus objetivos político-religiosos y en los métodos utilizados en vías a alcanzarlos; pero también discreparon, hasta llegar incluso a enconadas crisis de confianza mutua. Todo lo cual nos brinda una nueva visión sobre el papel de los jesuitas en los engranajes del poder español y en las relaciones internacionales de la Edad Moderna.

El estudio se abre con un análisis de los dos documentos fundacionales de la Compañía: las *Constituciones* y los *Ejercicios Espirituales* —haciendo hincapié, en concreto, en el número 23, el llamado *Principio y Fundamento*—. A partir de ellos, se abordan las peculiaridades de la orden y las innovaciones que aportó a la Iglesia de su tiempo. Sin olvidar sus profundas contradicciones, no siendo la menor de ellas el que un instituto religioso nacido para defender al pontificado tuviera que enfrentarse, y no pocas veces, tanto a los Papas como a la Monarquía Católica. Dos poderes que, con frecuencia, parecieron achacar a los jesuitas su supuesta vocación de constituirse en una verdadera Iglesia dentro de la Iglesia.

En lo que respecta a sus conexiones con el poder, la estrategia de la Compañía durante la Edad Moderna se manifiesta de forma latente ya en su carisma fundacional. Su especial consagración al Papa mediante el cuarto voto determinará, en parte, los proyectos y programas de acción de los jesuitas; y no se puede olvidar que, a mediados del siglo XVI, la misión del Pontífice como cabeza del mundo católico estaba íntimamente unida a su dimensión de soberano de los Estados Pontificios, que mantenían relaciones diplomáticas y políticas con todas las monarquías europeas.

Precisamente serán la estrecha vinculación de los jesuitas a la Sede Apostólica y su férrea disciplina interna —que en nada tienen que ver con las practicadas

hasta el momento por el clero tradicional—, las que habrían provocado que la nueva orden fuera contemplada con suspicacia y desapego por Carlos V. Un monarca que, frente al radicalismo contrarreformista jesuítico, siguió pensando por mucho tiempo en la posibilidad de un acuerdo negociado con los protestantes. La desconfianza no se supera con la subida al trono de Felipe II, que ve en los hijos de san Ignacio, tan plenamente supeditados a Roma, un estorbo a su proyecto de Iglesia nacional, *instrumentum regni* de la Corona.

La actitud de estos soberanos, acompañada del rechazo que mostraron hacia la Compañía amplios e influyentes sectores de la Iglesia de su tiempo, provocaron el que los jesuitas reconvirtieran su primitiva estrategia espiritual en una nueva, fundamentada en el acercamiento a los más significativos representantes del poder político y social. El fulgurante prestigio e importancia de la red de colegios jesuíticos, en los que pronto recibieron formación los hijos de las familias más destacadas, será un primer paso en este sentido. Pero, sobre todo, el gran objetivo de la Compañía será el control de las conciencias de las élites, que acuden a la orden en búsqueda de una novedosa y permisiva dirección espiritual que se contraponía al restrictivo confesionario tradicional, destacando su labor como confesores de las damas, en especial las reinas, princesas y nobles. En la actualidad no es fácil percibir las diferencias entre un confesor y un director espiritual; pero lo cierto es que este último frecuentemente era capaz de controlar a su dirigido/a en todos los aspectos de su vida, exigiéndole total obediencia y sumisión. Cuando el penitente era un rey o reina, un príncipe o princesa, un valido, un cortesano o un ministro, la influencia y el poder de este nuevo tipo de director espiritual podían transformarse en ilimitados. Un rol, el del confesor, en el que, como es bien sabido, los jesuitas supieron desenvolverse con tan especial maestría como para transformarse, ante el imaginario colectivo, en los confesores por antonomasia.

Así pues, como ya he dicho, las clases privilegiadas fueron atraídas a los confesionarios por una moral que parecía hecha a su medida, una especie de ética de situación trasladada a la época moderna. Muy pronto, los monarcas, la nobleza, y los estadistas del occidente europeo se ponen a los pies de los jesuitas. Sólo parece resistírseles el rígido protocolo de la Corte de los Habsburgo hispanos. Una etiqueta que contemplaba que los reyes españoles se valieran de confesores dominicos; y las reinas de franciscanos. Serán precisamente las reinas las que comiencen a no respetar esta costumbre, depositando el cuidado de sus conciencias en padres de la Compañía durante todo el siglo XVII, al igual que muchos ministros y miembros de la nobleza en general.

Con la subida al trono de Felipe III se va a operar un cambio sustancial. La Compañía comienza a verse en la Corte española con simpatía, lo que propiciará su participación en los negocios políticos, en las intrigas palaciegas y en las luchas por el poder entre facciones enfrentadas. Siguiendo una línea ascendente, durante el reinado de Felipe IV, y mediante la omnímoda

influencia de los jesuitas confesores de los hermanos del rey, del presidente del Consejo de Italia y, muy especialmente, del conde duque de Olivares, el gobierno romano de la Compañía conseguirá cargos, pensiones, mercedes y pretensiones varias —en las que nada, o muy poco, tuvo que ver la religión—, para encumbrados personajes de la nobleza de los territorios de la Monarquía Católica. Se consume así, en opinión del autor, la creación de una especie de negociado jesuítico en Madrid, que culminará con la influencia directa ejercida por los jesuitas sobre el poder durante la regencia de Mariana de Austria y el titubeante reinado de Carlos II.

En su conjunto esta obra es exponente de que no está reñido el rigor científico con la amenidad y fluidez de lenguaje. La clave para que este maridaje sea fecundo es, en parte, la elaboración de un discurso vertebrador que integra y tiene por base la pura investigación sobre las fuentes directas con el conocimiento actualizado de los múltiples estudios y publicaciones existentes en los anaqueles de nuestras bibliotecas. No esencial para los contenidos, pero sí para la fruición expositiva y atractivo de la obra, es la intuición y el estilo. Y pienso que en la que nos ocupa también concurren estos elementos.

Pero, con todo, lo primero y principal, el fundamento sobre el que descansa todo el conjunto del libro son, sin duda, las fuentes documentales. El autor, partiendo de menos a más, comenzó estudiando el contenido de los archivos de las provincias jesuíticas de Andalucía y Toledo; para, por eliminación, pasar por último al archivo central de la Compañía de Jesús en Roma, cuyos documentos inéditos, o no publicados aún, constituyen la base de esta obra.

Entre éstos, por su importancia y significación, merecen especial mención las cartas personales de los distintos generales enviadas desde Roma, de las que el archivo central de la Compañía guarda minuciosa copia. Las referidas a España, que son en su mayoría inéditas, han sido la principal fuente de información del autor, lo que convierte a esta obra en un referente obligado sobre la España de los siglos modernos.

Julián Lozano ha construido una obra que, a pesar de lo delicado del tema, puede considerarse una importante aportación a la historia de la Iglesia y de las mentalidades gracias a su incontestable rigor histórico, dejando que hablen las abundantes fuentes de primera mano que ha investigado a tal fin. Ante tema tan complejo, el autor ha construido una ejemplar lección de historia que nada tiene que ver ni con la apologética —que justifica y defiende todo y a todos—, ni con la crítica destructiva —proveniente, en muchas ocasiones, de lo que algunos han denominado historia comprometida— que condena a priori sin el aval que supone un soporte documental. La historia, para que sea verdadera y auténtica, tiene que huir de los angelismos y de los trasnochados compromisos existenciales. Los apologetas de la historia de la Iglesia no se deben olvidar el condicionante histórico de todos y cada uno de sus miembros; los defensores de los compromisos políticos no deben trasladar los parámetros de comprensión

actuales a tiempos pasados. Y, unos y otros, nunca deben silenciar o manipular el contenido de los verdaderos documentos históricos.

El autor de este libro demuestra ser única y exclusivamente historiador. Trabaja directamente con fuentes archivísticas, manuscritas e impresas; conoce los estudios antiguos y actuales sobre los temas en cuestión; y, no es poco, también demuestra un exhaustivo conocimiento de la historia moderna tanto en su vertiente eclesial como civil, política y económica. Se puede hablar, en consecuencia, de un trabajo interdisciplinar que ha tenido en cuenta las ciencias estrictamente eclesiástico-teológicas y las humanistas en general. Son sugestivos y novedosos, entre otros tantos temas, sus aportaciones en relación con la historia del sacramento de la penitencia y de la dirección espiritual durante la Edad Moderna.

Además, el tema para él no es en nada nuevo. Entre la bibliografía que utiliza a pie de página aparecen varios artículos y libros suyos dedicados a la Compañía, lo que nos indica que ésta no es obra improvisada, sino el fruto de una línea de investigación iniciada por el autor en el Departamento de Historia Moderna y de América de la Universidad de Granada, al que pertenece.

Todo esto nos lleva a considerar este libro, a pesar de la juventud de su autor, como obra de madurez. Se presentó como tesis doctoral en la Universidad de Granada en junio de 2003, si bien se concibe más como libro de ensayo histórico. Un último valor añadido que conviene destacar, junto al ya indicado del exhaustivo rigor histórico del contenido, es el continente: la redacción de un texto de elegante escritura, amenidad, facilidad de expresión y atractiva exposición que, en algún momento, hace pensar al lector que tiene entre sus manos una novela histórica.

*Francisco Javier Martínez Medina*